

**Versión Imagen**

---

## ASIA Y AMERICA

● **Eduardo Camps V.**

Escuela de Historia/UCV

**L**as relaciones entre ambos continentes son antiquísimas. Ya en los orígenes del Hombre Americano, Paúl Rivet, planteaba la colonización de América por los asiáticos, particularmente por los del grupo mongoloide, cuyos rasgos aún sobreviven en algunas etnias americanas. Pero este trabajo no está orientado al estudio de cuestiones tan antiguas sino que se inscribe dentro del marco del llamado V Centenario.

La mayoría de los argumentos en pro y en contra de la celebración de este evento histórico se reducen a la consideración semántica de palabras tales como "Descubrimiento" y "Encuentro" entre dos mundos. Detrás de cada palabra se esconden sutilezas ideológicas y posiciones irreconciliables. Pienso que todas las argumentaciones en este sentido son bizantinas. Consideremos en primer lugar, que los acontecimientos históricos son irreversibles. Ninguno de nosotros puede cambiar los hechos del pasado. Por ejemplo que Napoleón resultase el vencedor de la Batalla de Waterloo. Así como no podemos alterar el hecho de que Colón hubiese llegado a un continente que luego se llamó América. Tampoco podemos cambiar las consecuencias históricas que de ese hecho se derivaron. En segundo lugar debemos tener presente que Colón visitó una parte muy pequeña de América, una insignificancia de sus territorios y de sus culturas. En los libros de primaria se dice que Colón descubrió América para que los niños entiendan la importancia del proceso que se inició con la llegada de los españoles a nuestro continente. Colón fue sólo el iniciador de un proceso que no ha terminado todavía. ¿Cuál es el contenido de ese proceso?. En primer lugar hay que tener claro que es un proceso inconcluso y lo es porque América sigue recibiendo la influencia económica, política, cultural y humana que se inició hace 500 años. Esta influencia se ha recibido con un grado mayor o menor de anuencia. En principio, bajo el esquema de lo que conocemos como Conquista, el grado de anuencia fue menor, es decir que se nos impuso por la fuerza de las armas de la superioridad tecnológica y del mayor desarrollo cultural de Europa. Hoy en día seguimos ese proceso de importación aunque el grado de anuencia sea mayor de nuestra parte,

siempre sin dejar de reconocer que se siguen imponiendo estilos, conceptos, patrones y realidades sin nuestra anuencia. A este proceso no escapa ninguna nación americana, ni siquiera los Estados Unidos de Norteamérica, receptor de enormes contingentes humanos de origen fundamentalmente europeo, aun cuando también puedan encontrarse numerosos inmigrantes de origen asiático y mediorientales. Su vinculación a Europa y a sus tendencias económicas e histórica lo relacionan íntimamente con un proceso mayor que mencionaremos a continuación. En efecto, la llegada de Colón a América no fue un hecho fortuito. Es cierto que Colón buscaba una nueva ruta hacia la India, en el corazón de Asia. Las exploraciones geográficas que se iniciaron en el siglo XV, responden a un proceso de expansión de la Cultura Occidental cuyo origen podemos remontar a los Cruzados, a los viajes de Marco Polo, a la idea del Preste Juan y San Brandán y más concretamente a la competencia entre España y Portugal por el dominio del Atlántico. Pero el más poderoso acicate era el rico comercio con el Asia, casi perdido para los países mediterráneos como consecuencia del advenimiento del Imperio Turco y el agravamiento de una balanza comercial desfavorable para Europa en su conjunto, con los países productores de especies y otros productos importantes para la Europa de ese período. El arribo al Nuevo Mundo cambió para siempre el destino de Europa. En primer lugar su balanza de pagos fue positiva por primera vez en muchos años, lo cual aceleró el proceso de acumulación de capital; en segundo permitió el crecimiento de los sectores artesanales y manufactureros y la inmigración de contingentes humanos sin la cual no hubiese sido posible aliviar las presiones demográficas sobre el Viejo Mundo; en tercero, introdujo en la dieta de los europeos una variedad de alimentos hasta entonces desconocidos que permitió incrementar no sólo el área cultivada sino a la vez la salud general de la población. Por si esto fuera poco, puso a Europa en contacto con civilizaciones de las cuales no se tenía la menor noticia y en este proceso de relaciones adquirió los mecanismos necesarios para enfrentar con éxito su penetración a otras áreas culturales igualmente diferentes de la civilización occidental. Creo que no se exagera nada al decir que en América, Europa ensayó los más diversos métodos para la absorción y control de grandes grupos humanos a la corriente central de la civilización occidental; desde los pacíficos métodos puestos en práctica en Paraguay hasta los más violentos ejecutados en norteamérica contra los nativos americanos. Esta experiencia iba a ser particularmente valiosa a los escasos cien años de la penetración europea en América. En efecto, aunque ya se tenía pleno conocimiento de que se estaba en presencia de un Nuevo Continente, no por ello cajaban las potencias peninsulares de su expansión en la búsqueda de nuevas rutas hacia la lejana Asia. Magallanes en su periplo alrededor del planeta había abierto el camino que sacaba del comercio con el Asia a los



países musulmanes. Pero la más cercana base de operaciones, los más experimentados viajeros los más curtidos expedicionarios y los más audaces navegantes no se encontraban en Europa, sede de administradores y burócratas, sino en América. Es de nuestro continente desde donde zarparán las más importantes expediciones que España preparará para la apertura de la ruta al Asia. Puede decirse sin temor a exagerar que desde los puertos Americanos es que se abre el camino para la exploración de Asia. Acapulco resultará el sitio ideal para esta nueva empresa. Vicens Vives nos dice que:

"Durante el siglo XVI, los navegantes hispanos se lanzan a la exploración del Pacífico, a partir de los núcleos de los grandes descubrimientos americanos. Nueva España y Perú. El objetivo primero son la Islas de las Especies; luego las Filipinas, definitivamente incorporadas a la Corona española por Legazpi en 1571. Entre los navegantes españoles que se distinguen en la travesía del Pacífico cabe enumerar a Saavedra, descubridor de Nueva Guinea (1527); a Villalobos, infatigable viajero por los archipiélagos de la Oceanía septentrional (Hawai, Carolinas, Filipinas) entre 1543 y 1547; ambos hicieron arrancar sus expediciones de Nueva España la colonización de las Filipinas se hizo posible por el descubrimiento de la llamada Vuelta del Poniente, esto es, la ruta oceánica para el regreso de Asia a América, lograda por el agustino Fray Andrés de Urdaneta en 1575. En cuanto a los descubrimientos dependientes del birreinato del Perú en los archipiélagos de los Mares del Sur ocupan entre ellos primerísimo lugar los de Medalla que efectuó dos viajes por el Pacífico (1567-1595) y los de Quiroz y Torres (1606). fueron entonces incorporadas a las tierras conocidas las Islas Marquesas, Sociedad, Marchall, Nuevas Hébridas, Santa Cruz y Salomón y muchas más cuya identificación es difícil hoy en día".(1)

A estos descubrimientos geográficos siguió un lento pero constante proceso de colonización y poblamiento cuyo puerto de origen estaba bien en Nueva España, bien en el Perú. En la medida en que el proceso se consolidaba con la creación de nuevas rutas comerciales, los puertos americanos afectados por la incorporación del Asia, se ampliaron, llegando hasta tierras tan lejanas como Venezuela. Vicens Vives, refiriéndose a la expansión comercial que significaron estos descubrimientos dice:

"Otras rutas de carácter mundial aunque de menor entidad económica que las anteriores corresponden a la llamada de 'los esclavos' entre el golfo de Guinea y las Antillas; del trigo y de las piedras, el comercio del Báltico más el ruso que se realizaba por el Arkangel y la del Pacífico, de Acapulco en México a las Filipinas."(2).

Lo que nos permite darnos una idea de la importancia mundial que de esta última ruta comercial adquirió para la Europa del siglo XVI. Más adelante entraremos en los detalles de su relevancia en términos de la Historia de América y Asia.

Así, desde América, España y Portugal (recordemos que durante esta época conformaban un solo dominio) iniciaron la colonización de Asia, particularmente Filipinas, India y China. Ya en dominio sobre las rutas comerciales del Lejano Oriente, esta preponderancia comercial se logró gracias a varios factores. Los mares de China y el sudeste asiático estaban por ese entonces infectados de piratas cuya presencia había dislocado el comercio en esas latitudes. Los peninsulares que disponían de grandes ventajas tecnológicas, con la mayor maniobrabilidad de los buques, su capacidad de navegar contra el viento, la artillería y las armas de fuego de una precisión nunca vistas en esas aguas, la capacidad de navegar por longitud y latitud, pronto pusieron fin a las actividades de los piratas y el comercio regular, esta vez bajo el manto protector de españoles, portugueses y poco después de holandeses e ingleses, restauró la confianza y la seguridad de las rutas marinas. Por otra parte, el oro y la plata, muy escasos en esas pobladísimas regiones del mundo, fue introducido en grandes cantidades desde América, llegando a ser el dólar de plata mexicano, la moneda internacional de intercambio en la zona. Este importante hecho se mantendría casi inalterado hasta bien entrado el siglo XIX. También es importante anotar que en Japón el valor de la plata era superior al del oro y en sus primeros contactos con los peninsulares la fuga del más noble de los metales constituye uno de los principales problemas entre ambas culturas. Desde Filipinas, España inició una doble labor: la primera, apostólica y catequista y la segunda, de comercio con el resto del Lejano Oriente.

La labor de conversión al cristianismo merece particular atención pues fue de gran importancia sobre todo en el caso de las Filipinas donde aún hoy en día, el catolicismo es la religión más importante. En casos como el Japón y China, la labor apostólica encontró destinos diversos. Los primeros contactos entre los japoneses y los occidentales parecen haberse iniciado hacia 1511 poco después de la toma de la Malaca por los portugueses. Para 1543 tenemos noticias de desembarques peninsulares en la isla de Kyushu y seis años más tarde del desembarco de San Francisco Xavier en el Han de Satsuma, al sur del Japón, donde es esplendidamente recibido por el señor local. Xavier permaneció dos años en el Japón y lo recorrió muy bien. Llegó a la capital en 1549-50, encontrándola sumida en el caos de la guerra civil por lo que no tuvo éxito en su empresa de establecer contacto con el Emperador. San Francisco Xavier regresó a Goa en 1552 y allí organizó un cuerpo de misioneros que llegaría a Japón en 1560. Estos primeros jesuitas lograron muchas conversiones en la isla de Kyushu, pero ya los habían precedido otras órdenes religiosas que habían arribado junto con los mercaderes españoles que recalaban regularmente en Hirado y otros puertos



meridionales en lento pero seguro proceso de presentación comercial. Al poco tiempo los jesuitas estaban firmemente establecidos en Yamaguchi y lograban la protección de cuatro grandes Daimyo (especie de señores feudales) de la isla de kyushu. Francisco Xavier, en sus informes sobre Japón, había escrito que los japoneses eran un pueblo limpio, ordenado y ciegamente obediente a sus superiores y por eso recomendaba establecer contacto con el "Rey" del Japón. En 1559 el padre Gaspar Vilela logró entrevistarse con el Shogún Ashikaga Yoshiteru, a quien causó muy buena impresión y logró su autorización para predicar la fe cristiana. Vilela no despreció esta oportunidad llevando el evangelio a sitios como Osaka, Nara y Sakai. Entre los refuerzos que recibió Vilela, llegó al Japón el padre Louis Frouis quien nos ha dejado una historia de los acontecimientos políticos más importantes de esa época de la historia del Japón. Los éxitos conseguidos por estos pioneros del cristianismo despertaron la envidia de las órdenes budistas quienes presionaron a las autoridades hasta conseguir publicación de un edicto que prohibía la prédica cristiana en la capital imperial, Kyoto. Para 1569, el padre Froislogrouna se entrevista con Oda Nobunaga, el unificador nacional del Japón y máxima autoridad militar en ese país y obtiene los premios necesarios para predicar, además se le concedieron bloques de tierra en las más importantes ciudades japonesas para la edificación de templos católicos. A partir de allí todo parece marchar a pedir de boca lográndose innumerables conversiones, que algunos estiman en unos 200.000. En los próximos 10 años Japón recibirá una brillante generación de misioneros entre los cuales cabe destacar a Francisco Cabral, vice-privincial de la Compañía de Jesús, Organtino Gneccchi, autor de *Exemplorum Binarium Apostolarum*. Además de la conversión se inicio una corriente de intercambio pues los jesuitas enviaron a Roma a muchos sacerdotes japoneses para ser educados en tierras cristianas. Permanecieron en Europa unos diez años, visitando las cortes de Felipe II y la sede apostólica del Papa gregorio XIII. Los japoneses, conversos o no, demostraron gran curiosidad por las matemáticas, la relojería, la geografía y otras ciencias occidentales. Asimismo, se introdujeron en Japón variedades vegetales desconocidas como la papa, el tomate, la caña de azúcar, el tabaco, el maní, la zanahoria y otras muchas cosas que contribuyeron a mejorar la dieta del japonés. El consumo de pan fue introducido en esta época y la influencia peninsular en la comunidad se mantuvo por siglos pues el nombre del pan es pan, en el Japón actual. También los fritos recubiertos con crema de trigo sobrevivieron con el nombre de Tempura, palabra que refleja la Temporada, es decir la Cuaresma. Pero esta época de rico intercambio cultural que tiene sus puntos más elevados en la difusión de la fe, en la introducción de las armas de fuego, de nuevas variedades vegetales y la confección de los primeros diccionarios de lenguas asiáticas y europeas, llegó



drásticamente a su fin cuando el nuevo Caudillo del Japón, Hideyoshi, en una de sus temperamentales actuaciones prohibió la difusión y predica del cristianismo. En 1590 el Virrey de las Indias en persona, acompañó al padre Valigniono a una entrevista con Hideyoshi quien finalmente accedió a permitir la acción cristiana, aunque sometida a serias restricciones. Desde este momento, la espada de Damocles pendería sobre la religión cristiana definitivamente durante el shogunado de Ieyasu Tokugawa. Con el edicto de Sakoku o país aislado, Tokugawa prohibió so pena de muerte la difusión y prédica del cristianismo y obligo a millares de conversos a hacer apostasía de sus creencias. Siglos más tardes tras la apertura del Japón en 1853 y de la firma de los acuerdos de Kanagawa, muchas familias japonesas que habían ocultado la religión cristiana por generaciones, lograron practicarla de nuevo abiertamente. Se ha especulado mucho sobre las razones que motivaron a los líderes del Japón a tomar medidas tan fuertes. La más consistente parece haber sido la idea que se formó en la mente de la dirigencia de que la prédica cristiana era sólo el primer paso para el dominio político, económico y cultural por parte de españoles y portugueses, en segundo lugar la actitud de los Daimyos cristianos en la situación de rivalidad política que marcó la historia del Japón a la muerte de Oda Nobunaga, puesto que estos grandes cuatro señores del sur nunca fueron del todo proclives a los designos de Hideyoshi ni de Ieyasu Tokugawa.

En China la prédica cristiana fue menos exitosa que en Japón tal vez porque los misioneros, convencidos de que era un camino mucho más fácil, dirigieron su mejor esfuerzo, no a las masas sino a los aristócratas, en la creencia que una vez convertidos, el pueblo cambiaría de fe. De modo que en la agnóstica y cínica corte imperial de China el Cristianismo parecía una filosofía escéntrica que se escuchaba con curiosidad científica pero sin ánimo de incorporarla a la acción cotidiana. Por otra parte, los misioneros parecieron complacerse en mostrar su erudición introduciendo las matemáticas occidentales, la astronomía y otras ciencias y descuidando la profundización doctrinaria. Así que China permaneció impermeable, excepto con muy pocas excepciones a la influencia religiosa occidental. Mientras la religión permanecía estancada el comercio prosperaba. Los europeos se asombraban ante la artesanía china y su textiles. La porcelana fue conocida en occidente por primera vez y en el idioma inglés quedó como "china". Las cifras del comercio son difíciles de precisar pero sabemos que sólo entre 1570 y 1580 llegaron a China tres y cuatro mil toneladas de plata provenientes de México y Perú. A finales del siglo XVI el valor del comercio entre Acapulco y el Callao osciló entre los dos y tres millones de pesos y poco después el Cabildo de Ciudad de México se quejaba ante la Corona de que la compra de

productos chinos consumían cinco millones de pesos anuales, más de cuya mitad provenían del Perú. Los mejicanos comenzaban a percibir que había una balanza comercial desfavorable entre América y China. Las importaciones superaban a las exportaciones y no sólo eso sino que los productores americanos de seda y brocados se arruinaban por preferirse a los productos chinos cuyo valor era sólo un quinto de lo que costaban en América. La Corona intentó en vano restringir ese comercio limitando el número de barcos que podían emprenderlos, su tonelaje y la cantidad de monedas y lingotes que podían transportar. China, por su parte se veía aquejada por un doble proceso económico, primero la fuga del oro y el proceso inflacionario que la inyección de estas enormes cantidades de plata estaba causando en su mercado interno. En su intento por poner freno a este comercio la dinastía reinante emitió leyes destinadas a limitar esa actividad. ambos gobiernos fracasaron. No sólo continuó el tráfico legal sino que por la vía del contrabando se perdió la oportunidad de que se beneficiaran de éste. Javier Pe-láez nos dice:

"Otra brecha en la barrera jurídica la proporcionó que el Perú aún pudiera comerciar con Nicaragua, región que proporcionaba una brecha para calafatear los buques. Fue sencillo llevar a los artículos chinos desde Acapulco hasta los nicaragüenses de Realejo y Sonsonate, donde eran estibados a bordo de naves peruanas. De manera similar, la plata que oficialmente se expedía de Perú a Nicaragua y Guatemala acababa por arte de birlibirloque, en Acapulco. Dentro del territorio, que en la época española, correspondían al Perú, las americanas asiáticas se desembarcaban en Paíta o en cualquier otro puerto al norte del Callao. Guayaquil se convirtió en centro de contrabando de primer orden puesto que los barcos que, desde América Central, llegaban a sus astilleros para efectuar 'reparaciones' se veían obligados a desembarazarse de su 'lastre' y después, nunca regresaban vacíos".(3)

Así, pues, tendríamos que si el valor del comercio estrictamente legal entre América y Asia era de unos cuatro millones de pesos anuales, el volumen total, legal, durante trescientos años aproximadamente llegaría a la increíble cifra de 1.500.000.000, a lo cual podría sumarse una cifra igual por vía del contrabando. Estas cifras, que son sólo burdas apreciaciones, sirven, no obstante, para darnos cuenta de la importancia que tenía América como puente comercial entre Europa y Asia. No sólo eso sino que América fue la que permitió que España, en particular, sostuviera viva su influencia en Asia sobre todo en las islas Filipinas.

Sería largo y tedioso enumerar aquí las vasta influencia recíproca que se estableció entre el lejano oriente y América, bastaría sólo con mencionar el folclore para percibir la transculturación que se efectuó. Hasta en los llamados trajes típicos está presente la cultura asiática, tomemos por ejemplo el traje de "China Poblana" de Puebla, México. La palabra "China" hace referencia a lo rico, ricos brocados y sedas provenientes del país de Confucio. El gusto por lo agritud-



ce de los mejicanos en sus diversos platos con mole, es de ascendencia también china.

Existen numerosos trabajos realizados por historiadores y etnólogos mejicanos sobre éste y otros temas. Asimismo, en la Universidad de Sofía en Tokio, un equipo de investigadores han venido trabajando sobre el llamado Namboku Jidai, o período de los bárbaros del sur, nombre con el cual los japoneses bautizaron a los europeos, que ha analizado las relaciones con Filipinas, Macao y más extensivamente, con los europeos. Los resultados de estos trabajos aguardan su publicación en español.

Para finalizar quiero enfatizar el hecho de que la relación entre América y Asia no termina con la independencia americana en el siglo pasado sino que, antes bien se incrementó, libre de los controles peninsulares. México, por ejemplo, aun cuando experimentó una merma en sus relaciones comerciales con Filipinas, continuó un importante intercambio que no ha hecho más que robustecerse con el tiempo, especialmente con el Japón. En efecto, México es hoy el más importante receptor latinoamericano de inversiones japonesas, luego Brasil y ahora, Venezuela lucha por desplazar a Argentina en el tercer lugar. Esto sólo en el ámbito de los países de Hispanoamérica, pues de incluir a los EE.UU y Canadá tendríamos que concluir, con Geoffrey Baarracloug, que la cuenca del Pacífico, sitio de concurrencia de América, Australasia y Asia, ha desplazado a la cuenca del Atlántico como centro de las actividades comerciales del planeta.

## Notas Bibliográficas.

(1)- Vincens Vives, J. **Historia económica política y social de España y América**, vol III, pag. 223. Ed. Vicencen Vives. España.

(2)- Idem. pag. 251.

(3)- Paláez Ibianski, Javier. 'El comercio de varios siglos entre los Imperios español y chino'. "Noticias de la república de China".1992. Sin más datos.

## Bibliografía

Ashton, W. G. **A short history of japanese literature**. Ed. Tuttle. Tokyo. 1976.

Chang Wit Sit. **Historia de China**.

Camps Vegas, Eduardo. **Historia del Japón desde 1440 hasta 1990**. UCV, Escuela de Historia, Caracas, 1990.

Scott Latorrette, Keneth. **Los chinos, su historia y su cultura**. Ed. Sirco. BA. Argentina, 1976.

Samson, George. **A Short Cultural History of Japan**. Ed. Vicencen Vives. España.

Shuman & Orville. **Imperial China**. Vol.III. Ed. Mc Millan. NY. USA.1980.



**Versión Texto**

## ASIA Y AMERICA

**Eduardo Camps V.**  
Escuela de Historia/UCV

Las relaciones entre ambos continentes son antiquísimas. Ya en los orígenes del Hombre Americano, Paúl Rivet, planteaba la colonización de América por los asiáticos, particularmente por los del grupo mongoloide, cuyos rasgos aún sobreviven en algunas etnias americanas. Pero este trabajo no está orientado al estudio de cuestiones tan antiguas sino que se inscribe dentro del marco del llamado V Centenario.

La mayoría de los argumentos en pro y en contra de la celebración de este evento histórico se reducen a la consideración semántica de palabras tales como "Descubrimiento" y "Encuentro" entre dos mundos. Detrás de cada palabra se esconden sutilezas ideológicas y posiciones irreconciliables. Pienso que todas las argumentaciones en este sentido son bizantinas. Consideremos en primer lugar, que los acontecimientos históricos son irreversibles. Ninguno de nosotros puede cambiar los hechos del pasado. Por ejemplo que Napoleón resultase el vencedor de la Batalla de Waterloo. Así como no podemos alterar el hecho de que Colón hubiese llegado a un continente que luego se llamó América. Tampoco podemos cambiar las consecuencias históricas que de ese hecho se derivaron. En segundo lugar debemos tener presente que Colón visitó una parte muy pequeña de América, una insignificancia de sus territorios y de sus culturas. En los libros de primaria se dice que Colón descubrió América para que los niños entiendan la importancia del proceso que se inició con la llegada de los españoles a nuestro continente. Colón fue sólo el iniciador de un proceso que no ha terminado todavía. ¿Cuál es el contenido de ese proceso? En primer lugar hay que tener claro que es un proceso inconcluso y lo es porque América sigue recibiendo la influencia económica, política, cultural y humana que se inició hace 500 años. Esta influencia se ha recibido con un grado mayor o menor de anuencia. En principio, bajo el esquema de lo que conocemos como Conquista, el grado



de anuencia fue menor, es decir que se nos impuso por la fuerza de las armas de la superioridad tecnológica y del mayor desarrollo cultural de Europa. Hoy en día seguimos ese proceso de importación aunque el grado de anuencia sea mayor de nuestra parte, siempre sin dejar de reconocer que se siguen imponiendo estilos, conceptos, patrones y realidades sin nuestra anuencia. A este proceso no escapa ninguna nación americana, ni siquiera los Estados Unidos de Norteamérica, receptor de enormes contingentes humanos de origen fundamentalmente europeo, aun cuando también puedan encontrarse numerosos inmigrantes de origen asiático y mediorientales. Su vinculación a Europa y a sus tendencias económicas e históricas lo relacionan íntimamente con un proceso mayor que mencionaremos a continuación. En efecto, la llegada de Colón a América no fue un hecho fortuito. Es cierto que Colón buscaba una nueva ruta hacia la India, en el corazón de Asia. Las exploraciones geográficas que se iniciaron en el siglo XV, responden a un proceso de expansión de la Cultura Occidental cuyo origen podemos remontar a los Cruzados, a los viajes de Marco Polo, a la idea del Preste Juan y San Brandán y más concretamente a la competencia entre España y Portugal por el dominio del Atlántico. Pero el más poderoso acicate era el rico comercio con el Asia, casi perdido para los países mediterráneos como consecuencia del advenimiento del Imperio Turco y el agravamiento de una balanza comercial desfavorable para Europa en su conjunto, con los países productores de especias y otros productos importantes para la Europa de ese período. El arribo al Nuevo Mundo cambió para siempre el destino de Europa. En primer lugar su balanza de pagos fue positiva por primera vez en muchos años, lo cual aceleró el proceso de acumulación de capital; en segundo permitió el crecimiento de los sectores artesanales y manufactureros y la inmigración de contingentes humanos sin la cual no hubiese sido posible aliviar las presiones demográficas sobre el Viejo Mundo; en tercero, introdujo en la dieta de los europeos una variedad de alimentos hasta entonces desconocidos que permitió incrementar no sólo el área cultivada sino a la vez la salud general de la población. Por si

esto fuera poco, puso a Europa en contacto con civilizaciones de las cuales no se tenía la menor noticia y en este proceso de relaciones adquirió los mecanismos necesarios para enfrentar con éxito su penetración a otras áreas culturales igualmente diferentes de la civilización occidental. Creo que no se exagera nada al decir que en América, Europa ensayó los más diversos métodos para la absorción y control de grandes grupos humanos a la corriente central de la civilización occidental; desde los pacíficos métodos puestos en práctica en Paraguay hasta los más violentos ejecutados en Norteamérica contra los nativos americanos. Esta experiencia iba a ser particularmente valiosa a los escasos cien años de la penetración europea en América. En efecto, aunque ya se tenía pleno conocimiento de que se estaba en presencia de un Nuevo Continente, no por ello cajaban las potencias peninsulares de su expansión en la búsqueda de nuevas rutas hacia la lejana Asia. Magallanes en su periplo alrededor del planeta había abierto el camino que sacaba del comercio con el Asia a los países musulmanes. Pero la más cercana base de operaciones, los más experimentados viajeros los más curtidos expedicionarios y los más audaces navegantes no se encontraban en Europa, sede de administradores y burócratas, sino en América. Es de nuestro continente desde donde zarparán las más importantes expediciones que España preparará para la apertura de la ruta al Asia. Puede decirse sin temor a exagerar que desde los puertos Americanos es que se abre el camino para la exploración de Asia. Acapulco resultará el sitio ideal para esta nueva empresa. Vicens Vives nos dice que:

"Durante el siglo XVI, los navegantes hispanos se lanzan a la exploración del Pacífico, a partir de los núcleos de los grandes descubrimientos americanos. Nueva España y Perú. El objetivo primero son las Islas de las Especies; luego las Filipinas, definitivamente incorporadas a la Corona española por Legazpic en 1571. Entre los navegantes españoles que se distinguen en la travesía del Pacífico cabe enumerar a Saavedra, descubridor de Nueva Guinea (1527); a Villalobos, infatigable viajero por los archipiélagos de la Oceanía septentrional (Hawai, Carolinas, Filipi-



nas) entre 1543 y 1547; ambos hicieron arrancar sus expediciones de Nueva España la colonización de las Filipinas se hizo posible por el descubrimiento de la llamada Vuelta del Poniente, esto es, la ruta oceánica para el regreso de Asia a América, lograda por el agustino Fray Andrés de Urdaneta en 1575. En cuanto a los descubrimientos dependientes del virreinato del Perú en los archipiélagos de los Mares del Sur ocupan entre ellos primerísimo lugar los de Medalla que efectuó dos viajes por el Pacífico (1567-1595) y los de Quiroz y Torres (1606). Fueron entonces incorporadas a las tierras conocidas las Islas Marquesas, Sociedad, Marchall, Nuevas Hébridas, Santa Cruz y Salomón y muchas más cuya identificación es difícil hoy en día". (1)

A estos descubrimientos geográficos siguió un lento pero constante proceso de colonización y poblamiento cuyo puerto de origen estaba bien en Nueva España, bien en el Perú. En la medida en que el proceso se consolidaba con la creación de nuevas rutas comerciales, los puertos americanos afectados por la incorporación del Asia, se ampliaron, llegando hasta tierras tan lejanas como Venezuela. Vicens Vives, refiriéndose a la expansión comercial que significaron estos descubrimientos dice:

"Otras rutas de carácter mundial aunque de menor entidad económica que las anteriores corresponden a la llamada de 'los esclavos' entre el golfo de Guinea y las Antillas; del trigo y de las piedras, el comercio del Báltico más el ruso que se realizaba por el Arkangel y la del Pacífico, de Acapulco en México a las Filipinas." (2).

Lo que nos permite darnos una idea de la importancia mundial que de esta última ruta comercial adquirió para la Europa del siglo XVI. Más adelante entraremos en los detalles de su relevancia en términos de la Historia de América y Asia.

Así, desde América, España y Portugal (recordemos que durante esta época conformaban un solo dominio) iniciaron la colonización de Asia, particularmente Filipinas, India y China. Ya en dominio sobre las rutas comerciales del Lejano Oriente, esta

preponderancia comercial se logró gracias a varios factores. Los mares de China y el sudeste asiático estaban por ese entonces infectados de piratas cuya presencia había dislocado el comercio en esas latitudes. Los peninsulares que disponían de grandes ventajas tecnológicas, con la mayor maniobrabilidad de los buques, su capacidad de navegar contra el viento, la artillería y las armas de fuego de una precisión nunca vistas en esas aguas, la capacidad de navegar por longitud y latitud, pronto pusieron fin a las actividades de los piratas y el comercio regular, esta vez bajo el manto protector de españoles, portugueses y poco después de holandeses e ingleses, restauró la confianza y la seguridad de las rutas marinas. Por otra parte, el oro y la plata, muy escasos en esas pobladísimas regiones del mundo, fue introducido en grandes cantidades desde América, llegando a ser el dólar de plata mexicano, la moneda internacional de intercambio en la zona. Este importante hecho se mantendría casi inalterado hasta bien entrado el siglo XIX. También es importante anotar que en Japón el valor de la plata era superior al del oro y en sus primeros contactos con los peninsulares la fuga del más noble de los metales constituye uno de los principales problemas entre ambas culturas. Desde Filipinas, España inició una doble labor: la primera, apostólica y catequista y la segunda, de comercio con el resto del Lejano Oriente.

La labor de conversión al cristianismo merece particular atención pues fue de gran importancia sobre todo en el caso de las Filipinas donde aún hoy en día, el catolicismo es la religión más importante. En casos como el Japón y China, la labor apostólica encontró destinos diversos. Los primeros contactos entre los japoneses y los occidentales parecen haberse iniciado hacia 1511 poco después de la toma de la Malaca por los portugueses. Para 1543 tenemos noticias de desembarques peninsulares en la isla de Kyushu y seis años más tarde del desembarco de San Francisco Xavier en el Han de Satsuma, al sur del Japón, donde es espléndidamente recibido por el señor local. Xavier permaneció dos años en el Japón y lo recorrió muy bien. Llegó a la capital en 1549-50, encontrándola sumida en el caos de la guerra



civil por lo que no tuvo éxito en su empresa de establecer contacto con el Emperador. San Francisco Xavier regresó a Goa en 1552 y allí organizó un cuerpo de misioneros que llegaría a Japón en 1560. Estos primeros jesuitas lograron muchas conversiones en la isla de Kyushu, pero ya los habían precedido otras órdenes religiosas que habían arribado junto con los mercantes españoles que recalaban regularmente en Hirado y otros puertos meridionales en lento pero seguro proceso de presentación comercial. Al poco tiempo los jesuitas estaban firmemente establecidos en Yamaguchi y lograban la protección de cuatro grandes Daimyo, (especie de señores feudales) de la isla de Kyushu. Francisco Xavier, en sus informes sobre Japón, había escrito que los japoneses eran un pueblo limpio, ordenado y ciegamente obediente a sus superiores y por eso recomendaba establecer contacto con el "Rey" del Japón. En 1559 el padre Gaspar Vilela logró entrevistarse con el Shogún Ashikaga Yoshiteru, a quien causó muy buena impresión y logró su autorización para predicar la fe cristiana. Vilela no despreció esta oportunidad llevando el evangelio a sitios como Osaka, Nara y Sakai. Entre los refuerzos que recibió Vilela, llegó al Japón el padre Louis Frouis quien nos ha dejado una historia de los acontecimientos políticos más importantes de esa época de la historia del Japón. Los éxitos conseguidos por estos pioneros del cristianismo despertaron la envidia de las órdenes budistas quienes presionaron a las autoridades hasta conseguir publicación de un edicto que prohibía la prédica cristiana en la capital imperial, Kyoto. Para 1569, el padre Froislogrouna se entrevista con Oda Nobunaga, el unificador nacional del Japón y máxima autoridad militar en ese país y obtiene los premios necesarios para predicar, además se le concedieron bloques de tierra en las más importantes ciudades japonesas para la edificación de templos católicos. A partir de allí todo parece marchar a pedir de boca lográndose innumerables conversiones, que algunos estiman en unos 200.000. En los próximos 10 años Japón recibirá una brillante generación de misioneros entre los cuales cabe destacar a Francisco Cabral, viceprovincial de la Compañía de Jesús, Organtino Gneccchi,

autor de *Exemplorum Binarium Apostolarum*. Además de la conversión se inició una corriente de intercambio pues los jesuitas enviaron a Roma a muchos sacerdotes japoneses para ser educados en tierras cristianas. Permanecieron en Europa unos diez años, visitando las cortes de Felipe II y la sede apostólica del Papa Gregorio XIII. Los japoneses, conversos o no, demostraron gran curiosidad por las matemáticas, la relojería, la geografía y otras ciencias occidentales. Asimismo, se introdujeron en Japón variedades vegetales desconocidas como la papa, el tomate, la caña de azúcar, el tabaco, el maní, la zanahoria y otras muchas cosas que contribuyeron a mejorar la dieta del japonés. El consumo de pan fue introducido en esta época y la influencia peninsular en la comunidad se mantuvo por siglos pues el nombre del pan es pan, en el Japón actual. También los fritos recubiertos con crema de trigo sobrevivieron con el nombre de Tempura, palabra que refleja la Temporada, es decir la Cuaresma. Pero esta época de rico intercambio cultural que tiene sus puntos más elevados en la difusión de la fe, en la introducción de las armas de fuego, de nuevas variedades vegetales y la confección de los primeros diccionarios de lenguas asiáticas y europeas, llegó drásticamente a su fin cuando el nuevo Caudillo del Japón, Hideyoshi, en una de sus temperamentales actuaciones prohibió la difusión y predicación del cristianismo. En 1590 el Virrey de las Indias en persona, acompañó al padre Valignion a una entrevista con Hideyoshi quien finalmente accedió a permitir la acción cristiana, aunque sometida a serias restricciones. Desde este momento, la espada de Damocles pendería sobre la religión cristiana definitivamente durante el shogunado de Ieyasu Tokugawa. Con el edicto de Sakoku o país aislado, Tokugawa prohibió so pena de muerte la difusión y predicación del cristianismo y obligó a millares de conversos a hacer apostasía de sus creencias. Siglos más tarde tras la apertura del Japón en 1853 y de la firma de los acuerdos de Kanagawa, muchas familias japonesas que habían ocultado la religión cristiana por generaciones, lograron practicarla de nuevo abiertamente. Se ha especulado mucho sobre las razones que motivaron a los líderes del Japón a tomar

medidas tan fuertes. La más consistente parece haber sido la idea que se formó en la mente de la dirigencia de que la prédica cristiana era sólo el primer paso para el dominio político, económico y cultural por parte de españoles y portugueses, en segundo lugar la actitud de los Daimyos cristianos en la situación de rivalidad política que marcó la historia del Japón a la muerte de Oda Nobunaga, puesto que estos grandes cuatros señores del sur nunca fueron del todo proclives a los designios de Hideyoshi ni de Ieyasu Tokugawa.

En China la prédica cristiana fue menos exitosa que en Japón tal vez porque los misioneros, convencidos de que era un camino mucho más fácil, dirigieron su mejor esfuerzo, no a las masas sino a los aristócratas, en la creencia que una vez convertidos, el pueblo cambiaría de fe. De modo que en la agnóstica y cínica corte imperial de China el Cristianismo parecía una filosofía escéntrica que se escuchaba con curiosidad científica pero sin ánimo de incorporarla a la acción cotidiana. Por otra parte, los misioneros parecieron complacerse en mostrar su erudición introduciendo las matemáticas occidentales, la astronomía y otras ciencias y descuidando la profundización doctrinaria. Así que China permaneció impermeable, excepto con muy pocas excepciones a la influencia religiosa occidental. Mientras la religión permanecía estancada el comercio prosperaba. Los europeos se asombraban ante la artesanía china y sus textiles. La porcelana fue conocida en occidente por primera vez y en el idioma inglés quedó como "china". Las cifras del comercio son difíciles de precisar pero sabemos que sólo entre 1570 y 1580 llegaron a China tres y cuatro mil toneladas de plata provenientes de México y Perú. A finales del siglo XVI el valor del comercio entre Acapulco y el Callao osciló entre los dos y tres millones de pesos y poco después el Cabildo de Ciudad de México se quejaba ante la Corona de que la compra de productos chinos consumían cinco millones de pesos anuales, más de cuya mitad provenían del Perú. Los mejicanos comenzaban a percibir que había una balanza comercial desfavorable entre América y China. Las importaciones superaban a las exportaciones y no



sólo eso sino que los productores americanos de seda y brocados se arruinaban por preferirse a los productos chinos cuyo valor era sólo un quinto de lo que costaban en América. La Corona intentó en vano restringir ese comercio limitando el número de barcos que podían emprenderlos, su tonelaje y la cantidad de monedas y lingotes que podían transportar. China, por su parte se veía aquejada por un doble proceso económico, primero la fuga del oro y el proceso inflacionario que la inyección de estas enormes cantidades de plata estaba causando en su mercado interno. En su intento por poner freno a este comercio la dinastía reinante emitió leyes destinadas a limitar esa actividad. Ambos gobiernos fracasaron. No sólo continuó el tráfico legal sino que por la vía del contrabando se perdió la oportunidad de que se beneficiaran de éste. Javier Peláez nos dice:

"Otra brecha en la barrera jurídica la proporcionó que el Perú aún pudiera comerciar con Nicaragua, región que proporcionaba una brecha para calafatear los buques. Fue sencillo llevar a los artículos chinos desde Acapulco, hasta los nicaragüenses de Realejo y Sonsonante, donde eran estibados a bordo de naves peruanas. De manera similar, la plata que oficialmente se expedía de Perú a Nicaragua y Guatemala acababa por arte de birlibirloque, en Acapulco. Dentro del territorio, que en la época española, correspondían al Perú, las americanas asiáticas se desembarcaban en Paíta o en cualquier otro puerto al norte del Callao. Guayaquil se convirtió en centro de contrabando de primer orden puesto que los barcos que, desde América Central, llegaban a sus astilleros para efectuar 'reparaciones' se veían obligados a desembarazarse de su 'lastre' y después, nunca regresaban vacíos". (3)

Así, pues, tendríamos que si el valor del comercio estrictamente legal entre América y Asia era de unos cuatro millones de pesos anuales, el volumen total, legal, durante trescientos años aproximadamente llegaría a la increíble cifra de 1.500.000.000, a lo cual podría sumarse una cifra igual por vía del contrabando. Estas cifras, que son sólo burdas apreciaciones, sirven, no obstante, para darnos cuenta de la importancia que tenía América

como puente comercial entre Europa y Asia. No sólo eso sino que América fue la que permitió que España, en particular, sostuviera viva su influencia en Asia sobre todo en las islas Filipinas.

Sería largo y tedioso enumerar aquí la vasta influencia recíproca que se estableció entre el lejano oriente y América, bastaría sólo con mencionar el folclore para percibir la transculturación que se efectuó. Hasta en los llamados trajes típicos está presente la cultura asiática, tomemos por ejemplo el traje de "China Poblana" de Puebla, México. La palabra "China" hace referencia a lo rico, ricos brocados y sedas provenientes del país de Confucio. El gusto por lo agrídulce de los mejicanos en sus diversos platos con mole, es de ascendencia también china.

Existen numerosos trabajos realizados por historiadores y etnólogos mejicanos sobre éste y otros temas. Asimismo, en la Universidad de Sofía en Tokio, un equipo de investigadores han venido trabajando sobre el llamado Namboku, Jidai, o período de los bárbaros del sur, nombre con el cual los japoneses bautizaron a los europeos, que ha analizado las relaciones con Filipinas, Macao y más extensivamente, con los europeos. Los resultados de estos trabajos aguardan su publicación en español.

Para finalizar quiero enfatizar el hecho de que la relación entre América y Asia no termina con la independencia americana en el siglo pasado sino que, antes bien se incrementó, libre de los controles peninsulares. México, por ejemplo, aun cuando experimentó una merma en sus relaciones comerciales con Filipinas, continuó un importante intercambio que no ha hecho más que robustecerse con el tiempo, especialmente con el Japón. En efecto, México es hoy el más importante receptor latinoamericano de inversiones japonesas, luego Brasil y ahora, Venezuela lucha por desplazar a Argentina en el tercer lugar. Esto sólo en el ámbito de los países de Hispanoamérica, pues de incluir a los EE.UU y Canadá tendríamos que concluir, con Geoffrey Baarracloug, que la cuenca del Pacífico, sitio de concurrencia de América, Australasia y Asia, ha desplazado a la cuenca del

Atlántico como centro de las actividades comerciales del planeta.

#### Notas Bibliográficas

- (1) Vincens Vives, J. **Historia económica política y social de España y América**, vol III, pag. 223. Ed. Vicencen Vives. España.
- (2) Idem. pag. 251.
- (3) Paláez Ibianski, Javier. El comercio de varios siglos entre los Imperios español y chino. "Noticias de la república de China". 1992. Sin más datos.

#### Bibliografía

- Ashton, W. G. **A short history of japonese literature**. Ed. Tuttle. Tokyo. 1976.
- Chang Wit Sit. **Historia de China**.
- Camps Vegas, Eduardo. **Historia del Japón desde 1440 hasta 1990**. UCV, Escuela de Historia, Caracas, 1990.
- Scott Latorrette, Keneth. **Los chinos, su historia y su cultura**. Ed. Sirco. BA. Argentina, 1976.
- Samson, George. **A Short Cultural History of Japan**, Ed. Vicencen Vives. España.
- Shuman & Orville. **Imperial China**. Vol. III. Ed. Mc Millan. NY. USA.1980.